

ESPEJO

Letras. Artes e Ideas de Mexico

Director: LUIS SPOTA

LETRAS

- | | | |
|-----------------------|----|--|
| ROBERTO PÁRAMO | 5 | <i>La barricada misteriosa</i> |
| ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ | 21 | <i>Valle, devoto de Darío</i> |
| SALVADOR ELIZONDO | 31 | <i>El desencarnado</i> |
| MIGUEL CAPISTRÁN | 43 | <i>A la luna por vía literaria</i> |
| HÉCTOR AZAR | 69 | <i>La seda mágica (auto sacramental)</i> |

PALABRAS

Entrevista con Jaime Sabines

- | | | |
|---------------|-----|---|
| JAIME SABINES | 91 | <i>Algo sobre la muerte del mayor Sabines</i> |
| JAIME SABINES | 100 | <i>Doña Luz</i> |

IDEAS

- | | | |
|------------------------|-----|--|
| GUSTAVO DÍAZ ORDAZ | 109 | <i>Desarrollo y conciencia común</i> |
| ENRIQUE PADILLA ARAGÓN | 113 | <i>México: Desarrollo con pobreza</i> |
| FRANCISCO LÓPEZ CÁMARA | 133 | <i>Las clases medias y el desarrollo de México</i> |

- D.8
- ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO 149 *Las reglas del juego*
DAVID IBARRA 169 *Perspectivas de la economía de México*
GUSTAVO CABRERA A. 191 *Los movimientos migratorios en México*
GILBERTO LOYO 203 *Demasiados hombres, valores humanos y explosión demográfica*

El trimestre cultural en la ciudad de México

Ilustraciones por: BERNAL y KOLI

Año III

SEGUNDO/TERCER TRIMESTRES DE 1969

NÚM. 8

ESPEJO aparece trimestralmente. Una publicación de LS Ediciones, Calle de Parroquia 911, México 12, D. F. Precio por ejemplar: 20 pesos, moneda nacional. En el extranjero: 2 US. dólares. Números atrasados, 50 % más. Toda correspondencia y fondos deben enviarse a nombre del Director. El material contenido en este número puede ser reproducido, total o parcialmente, dando crédito a la Revista ESPEJO. Textos no solicitados no serán devueltos. Impresa en los Talleres de Gráfica Panamericana, S. de R. L., Parroquia 911, México 12, D. F. Distribuida por Avándaro, S. A., Calle Ayuntamiento 162-B, México 1, D. F., Tel.: 5-12-37-71 y 5-13-17-14. Apartado Postal 31418, México 1, D. F.

LAS CLASES MEDIAS Y EL DESARROLLO DE MÉXICO

Francisco LÓPEZ CÁMARA

DESDE HACE una década, la superficie política de México ha debido afrontar algunas tensiones, en ocasiones gravemente conflictivas, que indican la afloración de desequilibrios sociales más profundos. Aunque no han dejado de manifestarse necesidades y demandas en otros sectores importantes de la población, campesinos y obreros desde luego, el hecho real es que las principales exigencias provienen ahora de grupos localizados principalmente en las zonas urbanas y con niveles de vida muy superiores a veces que los que tienen las clásicas capas populares.

Podría parecer paradójico y hasta cierto punto extraño que dichos grupos sociales, cuyas condiciones materiales reflejan una cierta situación privilegiada dentro de la sociedad mexicana, sean hoy los más inquietos y violentos en sus protestas: piénsese, por ejemplo, en el conflicto médico de hace algunos años, o en las protestas juveniles que han tenido como campo predilecto a las instituciones de enseñanza media y superior. Es bastante exagerado calificar a estas manifestaciones colectivas de auténticas "demandas populares", cuando ha sido patente la preponderancia que en ellas han tenido sectores medios de la población, tanto por lo que se refiere a su participación como en lo que concierne al verdadero fondo de sus peticiones y planteamientos.

No quiero soslayar con ello la existencia real de otras necesidades, ellas sí verdaderamente populares, que subsisten e inclusive han aumentado entre campesinos y obreros, como consecuencia de un desarrollo desequilibrado del país y del considerable crecimiento demográfico; pero es obvio que las tensiones de los últimos años son fenómenos típicos de las llamadas clases medias emergentes, que reclaman en el fondo un mejor acomodo dentro de nuestra estructura social, aun cuando, para lograrlo, busquen por lo general el apoyo de sectores más amplios de la población.

Sin embargo, el problema decisivo no es tanto detectar la verdadera significación social de los conflictos que han surgido durante la década que está por concluir, como tratar de entender la mecánica social que explicaría la aparición de estas nuevas demandas y el papel que los sectores medios pueden jugar en el marco económico, social y político de los años venideros. No podemos perder

de vista, si deseamos prever el rumbo futuro que tomará el desarrollo de México, la importancia creciente de las clases medias, cuyo volumen anda ya por los diez millones de personas en todo el país.

Es difícil establecer con precisión el crecimiento numérico de los sectores medios, pues ello depende de los criterios que se apliquen al analizar las estadísticas demográficas: ¿La ocupación? ¿El ingreso? ¿La localización geográfica? ¿La forma de consumo? ¿La educación o la ideología? En un país de amplia movilidad social como México, los criterios estadísticos pueden conducirnos a graves confusiones desde el punto de vista de la estructuración social, pues es evidente que existen sectores asalariados con mayores ingresos que algunos segmentos típicos de la clase media, mientras que hay miembros numerosos de esta última cuyas oportunidades de educación o de consumo son mayores que las de obreros de mayores ingresos por la simple razón de una mejor localización geográfica. Esto ha sido un grave escollo para quienes, armados incluso con severos instrumentos de "medición social" —como las llamadas teorías de la estratificación, la urbanización o la "modernización"—, han intentado establecer índices cuantificables sobre las dimensiones de los sectores medios.

Sabemos, no obstante, según serios especialistas en la materia, que el incremento aproximado de los sectores medios urbanos ha llegado a representar en México algo así como el 37% de la población urbana total; si ésta, a su vez, concentra poco más del 50% de la población total del país (es decir, unos 25 millones de personas, si aceptamos las expectativas de registrar casi 50 millones de habitantes durante el censo de 1970), entonces podríamos considerar que las clases medias urbanas se acercan rápidamente a los 10 millones de almas.

En todo caso, cualesquiera que sean las cifras correctas, es innegable que las clases medias han crecido en forma impresionante durante las últimas dos décadas, como puede apreciarlo cualquier observador superficial. Tampoco podríamos negar que ese crecimiento, como muchas otras cosas que también han "crecido" en México, es un producto necesario del desarrollo alcanzado por el país y de las profundas transformaciones económicas y sociales que están en la base del mismo.

Pero afirmar esto es decir bien poco acerca de la dinámica generadora de los sectores medios y de su composición interna, así como del papel sociológico que esos mismos sectores han tenido y tendrán dentro del proceso de desarrollo del país. Pues no basta como elemento explicativo del fenómeno la sola mención del "progreso" general, con todo lo que éste sugiere automáticamente: mayor riqueza, más oportunidades de trabajo, mejores remuneraciones y una gama mayor y más extendida de facilidades en la educación, los servicios médicos, la seguridad social, la cultura y las distracciones.

Todo ello puede ser cierto, pero no parece suficiente para explicarnos las "variantes" en el desarrollo de las clases medias y las diversas formas como ellas se insertan y actúan en la estructura general de la sociedad, en la correlación de fuerzas y en las alternativas políticas que se ofrecen al país. ¿Hasta dónde el crecimiento de los sectores medios es indicador de una buena, defectuosa o mala distribución de la riqueza? ¿Hasta dónde la complejidad de esos sectores revelaría su capacidad de impulso o de freno al ritmo de desarrollo de la nación? ¿En qué medida son o pueden ser un factor de cambio o de estancamiento en el esquema general de nuestra sociedad actual? ¿Qué orientaciones políticas e ideológicas exhiben y cuál será en todo caso su peso potencial dentro del sistema político de México?

Estas y otras cuestiones adicionales parecen primordiales no sólo para formular una explicación certera de la naturaleza social y el papel de las clases medias

en el país, sino también para intentar predecir, hasta donde ello sea posible, su actitud política en los próximos años y su campo gravitatorio dentro de nuestro desarrollo general. Quizás no hemos valorado en toda su magnitud a estos nuevos sectores de la población, que en los últimos años han empezado a mostrar algunas reacciones convulsivas y en ocasiones hasta hostiles al sistema. Por una especie de subordinación mecánica a los esquemas tradicionales de análisis, que nos empujan a considerar únicamente las políticas adecuadas a la satisfacción de las necesidades sociales de campesinos y obreros, hemos perdido de vista a estas importantes capas sociales, hasta el grado de no percatarnos de la carga económica y política que ellas implican.

La discusión sobre el origen y el papel de las clases medias, ventilada fundamentalmente entre sociólogos de orientación funcionalista —cuya preocupación por los fenómenos externos de la urbanización, la “modernización” o el “cambio social” constituye un común denominador—, ha tendido a establecer de modo general un mecanismo de relaciones entre el desarrollo industrial, el fenómeno de la concentración urbana y la aparición de nuevos sectores medios de la población.

Una concepción “optimista” de las clases medias cree ver en ese mecanismo de relaciones un factor dinámico de desarrollo, pues no sólo expresaría los resultados reales de un progreso en la actividad económica, sino sería también, en sí mismo, un elemento estructural favorable a los cambios sociales que exigen las distintas etapas del progreso. La correlación, expresada simplemente, sería ésta: el desarrollo de la industria provoca la expansión urbana, la cual, a su vez, es el asiento por antonomasia del crecimiento de las clases medias, en las que encarnan directamente los beneficios de la “modernización”: la educación, los sistemas de comunicación de masas, las oportunidades de empleo y ascenso social, en fin, las instituciones más favorables a la distribución extendida de poder, prestigio, riqueza, mérito, eficiencia e igualdad.

Esta situación de privilegio explicaría el interés de las clases medias por el desarrollo social y todas aquellas formas de cambio estructural que respondan a las exigencias del progreso. Y explicaría también su participación decisiva en la estructura del poder. Desarrollo, cambio social y clases medias representan, según esta imagen, aspectos de un mismo fenómeno histórico.

Hay autores, sin embargo, que no consideran este juego de factores en forma tan positiva, y hasta parecen ver en la expansión de las clases medias una amenaza latente contra el propio proceso de desarrollo. B. F. Joselitz, por ejemplo, observa que los países con extensas clases medias tienden a crecer menos rápidamente que aquéllos cuyos sectores medios son más reducidos.¹ Los casos más patentes en América Latina serían los de Argentina y Uruguay. Tampoco es muy alentador observar las actitudes conservadoras —y a veces francamente reaccionarias— de las clases medias en ciertos países de elevado nivel industrial, donde han sido incluso el principal apoyo de regímenes o tendencias fascistas, como ocurrió en Europa antes de la Segunda Guerra Mundial.

¹ Bert F. Joselitz, “Economic Growth in Latin America”. Trabajo presentado en la Primera Conferencia Internacional de Historia Económica (Estocolmo, agosto de 1960) y publicado por la Unesco en *Contributions...*, París, Mouton & Co., 1960. La importancia de los análisis de Joselitz puede apreciarse en el estudio preparado por la CEPAL, *El desarrollo social de América Latina*, para su Décimo período de sesiones, Mar del Plata, Argentina, mayo de 1963 (edición mimeográfica, E/CN.12/660, pp. 87-88), así como en el trabajo de Luis Ratinoff, “Los nuevos grupos urbanos: las clases medias”, en *Élites y desarrollo en América Latina* (edición preparada por S. M. Lipset y A. E. Solari), Buenos Aires, Paidós, s.f., p. 72.

La interpretación de las clases medias supone, pues, criterios distintos a los que parten del supuesto de que dichas clases son en sí mismas factores "naturales" de progreso, de cambio, de democratización e incluso de transformaciones revolucionarias. Más importante que el volumen de la clase media es su estructura interna, las condiciones variables de su crecimiento y, en consecuencia, las tendencias que manifiestan dentro del cuadro social en que actúan.

Los intentos de explicación de las clases medias, que Luis Ratinoff califica como "usuales",² subrayan por lo general la tendencia de la urbanización a desarrollar nuevas formas de desigualdad social, como fruto inevitable de la complejidad creciente que se produce en la estructura ocupacional. Las exigencias de la industria, en primer término, y de las numerosas actividades que implica el desarrollo urbano, después, suponen estructuras muy variadas de ocupación que están en estrecha relación con el crecimiento de los sectores medios, los cuales encuentran en esas nuevas estructuras su campo propicio de expansión.

Se considera, por tanto, que las demandas de las clases medias se orientan a defender entonces valores y sistemas institucionales que favorezcan la movilidad social, el mérito personal, la jerarquización ocupacional elástica y los tipos "abiertos" de organización social. Esta actitud debe entrar necesariamente en conflicto con los grupos tradicionales de poder, de origen agrario, que protegen formas hereditarias de selección ocupacional.

Para luchar eficazmente con los sectores oligárquicos tradicionales, las clases medias buscan el apoyo de los estratos populares mediante la defensa de su derecho a una participación más equitativa en las ventajas económicas, sociales y políticas de la vida urbana. Como resultado de ese conflicto, la clase media cobra conciencia de la importancia que tiene el desarrollo económico y social para el mejoramiento de las posiciones adquiridas a base del esfuerzo y el mérito, conciencia que la conduce finalmente a participar en la transformación de las estructuras tradicionales. De manera que, vista así, la clase media se revela como un instrumento natural del cambio social, de la democratización de las instituciones y del desarrollo moderno de las sociedades a base de la industria.

En forma más específica, esta interpretación ha intentado aplicarse a ciertos países de América Latina, entre ellos México, con algunas modalidades que parece interesante considerar. J. J. Johnson, por ejemplo, ha sido quizás uno de los pioneros más influyentes en el análisis de los sectores medios en América Latina.³ Según este autor, a partir de 1900 el crecimiento de los sectores medios en países como Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y México fue estimulado considerablemente por los requerimientos del desarrollo tecnológico, la expansión de los sistemas educativos y las nuevas funciones del Estado. El fenómeno cobra especial impulso después de la Primera Guerra Mundial, tanto en cifras absolutas como en números relativos al total de la población, "con excepción del proletariado industrial". A México le correspondería un porcentaje aproximado de clases medias del 15 por ciento de la población, en la época en que escribe el autor (1956).

Durante la época de la Colonia y a todo lo largo del siglo XIX, el incremento de los sectores medios proviene básicamente del marco social de esos mismos sectores, pues la demanda en materia de capacitación o habilidad profesional puede ser cubierta por sus miembros: los hijos siguen por lo general los pasos de

² L. Ratinoff, *op. cit.*, pp. 73-74. Resumo aquí la exposición de este autor.

³ Cf. John J. Johnson, "The Middle Sectors", en *Latin American Politics. Studies of the Contemporary Scene* (editada por Robert D. Tomasek), New York, Anchor Books, 1966, pp. 169-196.

los padres o, a lo sumo, se desplazan a otras actividades dentro del esquema de ocupaciones de las clases medias.

Sin embargo, a partir de la Primera Guerra Mundial, la expansión ocupacional exige más y mejores capacidades técnicas que los viejos grupos intermedios no pueden ya satisfacer, de manera que son gradualmente obligados a abrir sus rangos a numerosos individuos de otras capas sociales. El desarrollo de las clases medias es así el producto de un proceso prácticamente desconocido hasta entonces en nuestros países: la movilidad social vertical.

Rasgo característico de estos nuevos sectores medios de la sociedad es su inconsistencia como "clase" en sentido estricto, pues además de carecer de un mismo trasfondo histórico de experiencias comunes, constituyen una amalgama de elementos heterogéneos por su origen social, su actividad económica, sus aspiraciones y sus tendencias ideológicas. Todos estos factores han impedido que lleguen a representar o a formar un bloque social homogéneo para propósitos políticos. No obstante, a pesar de que los miembros de los sectores medios propenden a actuar en forma independiente, ello no ha impedido que grandes agrupaciones dentro de ellos encuentren un campo común para la acción política conjunta, hasta el grado de haber adquirido una relativa continuidad de intereses y una cierta cohesión política.

Los elementos característicos de esa continuidad y cohesión, según J. J. Johnson, serían los siguientes:

1) *La urbanización*: tanto porque su origen y consolidación han estado estrechamente ligados a la expansión de las ciudades, como por su tendencia tradicional a impulsar políticas nacionales que favorezcan el crecimiento urbano y el desarrollo económico.

2) *La educación pública*: como resultado de las transformaciones económicas y las nuevas ofertas ocupacionales promovidas por la expansión de la industria y el comercio, los sectores medios han estimulado por lo general la extensión masiva de la instrucción pública, la sustitución gradual de la vieja educación humanista por la preparación científica y la búsqueda de sistemas educativos que permitan la preparación de graduados semiprofesionales capaces de emplear sus conocimientos limitados para asegurar su *status* de clase media, sin necesidad de lograrlo únicamente por la vía más prolongada y costosa del título universitario profesional.

3) *La industrialización*: verdadera obsesión dentro de los sectores medios, la industrialización ha sido vista por ellos como un propósito indeclinable para garantizar el futuro independiente del país. Después de la Segunda Guerra Mundial, la atención se ha ido polarizando en torno a la urgencia de impulsar al máximo la industria pesada y la manufacturera, para facilitar lo cual se adquiere conciencia de la importancia que tiene la expansión del mercado interno mediante una política de protección y mejores salarios a la clase trabajadora.

4) *El nacionalismo*: tanto en su contenido jurídico y cultural como en su aspecto económico, el nacionalismo de los sectores medios ha sido elevado al nivel de una ideología política primordial.

5) *La intervención del Estado*: es considerada como fundamental por los dirigentes de los sectores medios, que ven en la maquinaria estatal el mejor instrumento para promover el desarrollo económico y el bienestar social. La intervención del Estado en la esfera económica se justifica sobre la base de lo que Johnson llama los tres dogmas socioeconómicos de los sectores medios: "a) la industria no puede sobrevivir sin la protección frente a la competencia extranjera, protección que sólo el Estado puede proporcionar; b) dado que el incremento del

capital privado nacional es bajo, el Estado, que puede acumular capital de manera relativamente rápida mediante los impuestos y los empréstitos del exterior, debe intervenir en la esfera industrial para mantener la máxima tasa posible de desarrollo y reducir al mismo tiempo la participación del capital privado extranjero en la economía; c) las demandas de las clases trabajadoras requieren que el Estado ejerza algún control en los precios de artículos de primera necesidad”.

6) *Los partidos políticos*: el desarrollo de los sectores medios está estrechamente ligado a la sustitución de la familia como centro de pensamiento político, en beneficio de la actividad dentro de partidos políticamente organizados. La aparición de grandes empresas corporativas, en las que cuentan más las capacidades individuales que la recomendación de tipo familiar, han disminuido la importancia tradicional del jefe de familia y del hogar en general como base de la lealtad política, la cual se ha desplazado hacia partidos y organizaciones que proporcionan un marco común a quienes tienen propósitos semejantes derivados de intereses educativos y ocupacionales.

Johnson destaca finalmente algunas importantes derivaciones políticas del crecimiento de los sectores medios. En primer término, el hecho de que, al declinar las viejas profesiones liberales —que hasta principios de siglo habían detentado el monopolio de la teoría política— y aumentar el peso político de las clases medias, los grupos no profesionales dentro de estos sectores han adquirido mayor significación en la competencia por las ventajas de tipo político.

Cuenta, después, la concomitante pérdida de influencia del clero católico en la vida política, como resultado del impulso aportado por los sectores medios a la educación monopolizada por el Estado, al empleo extendido de los medios modernos de comunicación de masas y a todos aquellos sistemas e instituciones que favorecen las actividades seculares de la vida social.

Y hay, en fin, el promisorio papel político que los sectores medios jugarán en el futuro, pues, por su experiencia acumulada en campos relacionados directamente con el desarrollo económico y social, por su participación decisiva en la administración estatal y su capacidad en el arte del compromiso, constituyen aparentemente las capas sociales más aptas para impulsar el progreso mediante el avance tecnológico y los cambios sociales correspondientes, sirviendo al mismo tiempo de factores de armonía y estabilización frente a la amenaza de graves antagonismos políticos.

Frente a este modelo de explicación, tan esquemático como optimista, parecería necesario formular ciertas correcciones pertinentes o pensar en algunas “hipótesis alternativas”, para seguir con la terminología conceptual de Luis Ratinoff. Este autor, en efecto, ha tratado de afinar el esquema ofrecido por Johnson considerando otras interpretaciones sobre las clases medias en Latinoamérica. Creo útil resumir los aspectos básicos de su exposición.⁴

La idea vertebral de estas “hipótesis” discrepa substancialmente de la imagen de las capas medias como factor natural de ruptura frente a las formas tradicionales de la sociedad y, consecuentemente, como elemento de progreso, de innovación o cambio, según el lenguaje funcionalista. Al observar las ciudades preindustriales se advierte que la existencia de una clase media no es de ninguna manera incompatible con el hecho de que su conducta se conforma a ciertos patrones tradicionales e incluso tiende a mantener el sistema social prevaleciente.

La explicación residiría en el descubrimiento de que las formas tradicionales no son necesariamente “rígidas” o “estáticas”: tienen una cierta flexibilidad que resulta de alguna ruptura en la continuidad de los sistemas sociales que la com-

⁴ L. Ratinoff, *op. cit.*, p. 80 ss.

ponen. La innovación institucional es entonces compatible con el mantenimiento de instituciones y valores tradicionales. Al ocurrir el cambio, las estructuras tradicionales resultan ser más flexibles y adaptables que las nuevas instituciones, que manifiestan mayor rigidez ante los requerimientos de la innovación.

La expansión de las clases medias y su actitud frente al sistema reflejan entonces el grado de elasticidad, de movilidad social y de apertura que existen en las estructuras dentro de las cuales aparecen: si el sistema permite una cierta satisfacción de las aspiraciones naturales de las capas medias, sus miembros tenderán a ajustar su conducta de acuerdo con los patrones de la élite social tradicional; el caso contrario, obviamente, provoca descontento y conflicto. La orientación política de las clases medias depende así de la forma en que el sistema satisfaga sus aspiraciones.

Decía antes que esta "hipótesis" es contrastante con la explicación que intenta dar el profesor Johnson porque, a diferencia de la relación que este último establece entre el proceso tecnológico, la estructura social y las clases medias, la concepción de la "sociedad elástica" invierte los términos de dicha relación: no son los sectores medios los que promueven o favorecen el cambio social, sino es el sistema y su grado de "elasticidad" el que permite la adaptación o la reacción conflictiva de esas capas sociales.

Sin embargo, el propio Ratinoff ha elaborado un modelo "hipotético" para intentar conciliar o superar las dos versiones anteriores. Según este autor, cabría distinguir dos etapas o "fases" en el ascenso político y social de las clases medias: en su primera fase, se caracterizarían por una conducta y una ideología políticas "avanzadas" y firmemente promotoras de cambios y transformaciones estructurales; en la segunda, se manifestaría en cambio su "capacidad para el compromiso", reflejándose su nueva situación en la alianza con sectores tradicionales y en el abandono de las transformaciones radicales del orden social preconizadas durante la etapa inicial.

En su primera fase, las clases medias iniciarían su camino ascendente hacia el poder reclamando el apoyo de las masas trabajadoras y creando instituciones cuyo propósito "manifiesto" es el mejoramiento económico y social de los sectores populares; sin embargo, el efecto "latente" de tales instituciones sería promover la expansión y la prosperidad de las propias clases medias. En el fondo, el propósito político de reclutar el apoyo de las clases populares sería básicamente el de ejercer presión sobre los grupos tradicionales en el poder para abrir el camino de los partidos y dirigentes de clase media hacia una mayor participación en las esferas de decisión y manejo de las cuestiones públicas.

La ideología de los sectores medios, en esta primera fase, incluiría de manera abierta el intervencionismo de Estado, el desarrollo y expansión del aparato estatal, la educación pública, el estímulo a la economía, una política de seguridad social, legislación protectora de los trabajadores, todo ello con el objetivo de lograr la participación mayor de nuevos sectores sociales en la esfera política.

Al entrar en su segunda fase, las clases medias modifican sus primitivas orientaciones políticas: de la proclividad obrerista y popular pasa a las fórmulas de compromiso con el sistema prevaleciente, producto en buena medida de la propia acción política de los sectores medios. Se defienden ahora el gobierno constituido y el orden legal; se repudia al militarismo y se proclama la confianza en la perfectibilidad natural de las instituciones y en el progreso económico gradual simbolizado en la industrialización.

Este nuevo ensayo de interpretación o "hipótesis alternativa" conduce necesariamente a la sospecha acerca del papel transformador de las clases medias, pues

Ratinoff es bastante explícito en la esquematización de las "dos fases", pero no parece muy convencido de la capacidad o vocación revolucionaria de dichos sectores: "El impulso 'revolucionario' y 'populista' que caracteriza a los movimientos de clase media en sus inicios no parece haberse propuesto la introducción de transformaciones estructurales incompatibles con el orden tradicional. La historia de cada uno de ellos y el análisis de sus objetivos hacen pensar que lo que en cada caso se intentó fue la creación de un cierto número de nuevas instituciones ya formalmente creadas. A juicio de las clases medias, la democracia formal de los grupos de poder tradicionales debía perfeccionarse mediante una ampliación de las bases de poder."⁵

Dos ideas más nos interesan en el análisis de Ratinoff. La primera, acerca de algunos conflictos promovidos por grupos de las clases medias aparentemente interesados en desafiar las bases del sistema y cuyo fondo sería, según el sociólogo chileno, la situación de bloqueo que para tales grupos representaría el monopolio hermético del poder o los sistemas cerrados de prebendas y canonjías. En tales casos, además de ser el resultado de intereses relativamente opuestos en el seno de las clases medias, la explicación habría que buscarla en los propósitos de "autopromoción" de los grupos interesados en los cambios.

La segunda concierne a la heterogeneidad de las clases medias. Ello explica, por un lado, su falta de doctrina propia y su actitud vacilante entre ideologías proletarias y formas mentales de los grupos sociales tradicionales; y, por otro, su incapacidad, cuando llegan al poder, para establecer orientaciones claras y directas hacia el cambio o la transformación de estructuras. Sin embargo, la realidad es más compleja de lo que parece, pues si bien es cierto que las clases medias manifiestan una tendencia a la modificación de las estructuras tradicionales, ello no significa que sus objetivos y su acción sean deliberadamente calculados para llevar a cabo la transformación radical de tales estructuras.

Lo primero que advertimos en estas teorías o interpretaciones sobre las clases medias, ya sea en la variante optimista de Johnson o en la formulación "hipotética" de Ratinoff, es el hecho de que han sido elaboradas teniendo en mente sobre todo los ejemplos inmediatos de ciertos países sudamericanos en los que ha sido patente el crecimiento simultáneo de las ciudades, la industria y los sectores medios. Resulta un tanto extraño que en sus análisis no hayan considerado la diferencia capital que existe entre dichos países y el caso de México, donde el fenómeno central ha sido la Revolución de 1910 y las transformaciones estructurales que introdujo en todas las esferas de la vida económica, social y política.

A diferencia de lo ocurrido en países sudamericanos como Argentina, Brasil, Chile o Uruguay, donde la concentración urbana, la industrialización y el crecimiento de los sectores medios han sido el producto más o menos "espontáneo" y a veces artificial (piénsese, por ejemplo, en la importancia de las inmigraciones europeas a tales países) de las fuerzas económicas y sociales que han operado allí, el factor decisivo ha sido en México la conmoción revolucionaria que modificó radicalmente el rostro entero del país. Este hecho, en sí mismo, situaría a México en una perspectiva muy distinta de la que parecen manejar los autores mencionados; pues además de sugerir explicaciones más amplias para fenómenos como la industrialización, el crecimiento urbano y la movilidad social —estrechamente relacionados con el desarrollo de las clases medias—, introduce factores distintos de análisis, como el papel promotor del Estado, las obras de infraestructura, la expansión de los servicios públicos y, en la base de todo, la reforma agraria, mo-

⁵ *Ibid.*, p. 84.

tores todos ellos que difícilmente tendrían su equivalente en las naciones sudamericanas mencionadas.

Pero también es conveniente destacar el aspecto ideológico derivado de la Revolución Mexicana. Los modelos de explicación resumidos antes se preocupan sólo por "detectar" las actitudes y tendencias de las clases medias dentro de un marco aislado en el que únicamente parecen contar, por un lado, el fenómeno de la industria y la concentración urbana, y, por otro, una vaga estructura social tradicional simbolizada en grupos de poder, relaciones de dominación e intereses oligárquicos, contra los cuales deben enfrentarse los sectores medios emergentes.

Este esquema hasta cierto punto estático puede ser útil para interpretar el fenómeno de las clases medias en países sin tradiciones ni transformaciones revolucionarias, y donde las orientaciones ideológicas de esas clases son más limitadas por su propio origen y el papel que les asigna un sistema tradicional no alterado en su estructura agraria. Pero en México, no obstante las semejanzas externas y formales que pudieran encontrarse, tiene un peso considerable su experiencia histórica revolucionaria y la configuración actuante, en todas las capas de la sociedad, de una ideología emanada de la Revolución de 1910, que sirve aún de bandera para exigir cambios y reformas estructurales en beneficio del desarrollo global del país.

No basta entonces decir que en México el crecimiento de las clases medias ha sido el fruto de la industrialización, los cambios tecnológicos, la expansión urbana y la extensión de los servicios ofrecidos por el Estado, aunque todo ello pueda ser formalmente cierto. Tampoco basta advertir que esas mismas clases medias muestran una tendencia al ascenso social y a una mayor participación en los beneficios de la riqueza y en las esferas de la actividad política, aunque esto también sea cierto.

Más decisivo es quizás observar que, precisamente porque su trasfondo común ha sido una vasta transformación revolucionaria, la composición interna de las clases medias en México acusa una mayor heterogeneidad en materia de aspiraciones y necesidades, así como un marco más elástico de movilidad social que las inserta continuamente, desde abajo y hacia arriba, en el cuerpo entero de la sociedad. No podríamos decir —como sería el caso en algunos países sudamericanos— que los sectores medios mexicanos deben abrirse paso, en calidad de segmentos extraños y claramente definidos, dentro de una estructura social dominada aún por grupos tradicionales de poder y sustentada en una estructura agraria cerrada y resistente a los cambios.

Preguntarse si las clases medias son en México un factor de cambio o de ruptura resulta no sólo absurdo, sino también innecesario desde el punto de vista sociológico, pues ellas mismas han sido uno de los frutos directos de las transformaciones derivadas de nuestra Revolución Social. No son, pues, elementos favorables al cambio, sino partes de cambios ya ocurridos, en los que han participado, en forma más directa y decisiva, los grandes sectores populares de la población.

El signo más expresivo de esta inversión de factores —inversión, por supuesto, dentro de los modelos funcionalistas resumidos anteriormente— es el hecho de que las llamadas clases medias en México constituyen un campo amorfo de reclutamiento y promoción social cuyos límites escapan a cualquier evaluación cuantitativa o cualitativa: desde estratos borrosos de semisalariados urbanos y rurales, en los que podríamos encontrar elementos característicos de las capas medias clásicas (educación, vivienda, hábitos, formas mentales, aspiraciones, etc.), hasta grupos acomodados que fácilmente se incluirían en la burguesía (gerentes empre-

sariales altos funcionarios del gobierno o la banca, propietarios de bienes raíces, etcétera).⁶

Otro signo es la dificultad para establecer orientaciones ideológicas definidas dentro de los estratos medios, pues, por su propia heterogeneidad, manifiestan actitudes políticas que van desde la más absoluta indiferencia hacia las cuestiones públicas, hasta conductas francamente hostiles al sistema —con expresiones de la más variada inclinación ideológica—, pasando naturalmente por el conformismo, la satisfacción optimista e incluso la euforia por la situación imperante. Sin embargo, es necesario cuidarse de extraer de ello conclusiones simplistas o apresuradas: la carga ideológica favorable a la exigencia de reformas o cambios sustanciales dentro de las estructuras existentes se localiza justamente en los sectores medios, no sólo por el hecho de ser los que han recibido mayores beneficios de la educación —con el resultado de disponer de una conciencia política más alerta y crítica—, sino también por ser aún depositarios de una herencia revolucionaria que perciben vinculada a su propia existencia.

Cuando se analiza la capacidad intrínseca de las clases medias para promover cambios sociales se piensa por lo general en una estructura social caracterizada todavía por el predominio de elementos tradicionales —latifundismo, castas militares, poder eclesiástico, formas de gobierno autoritario, etc.— contra los cuales deben oponerse los nuevos sectores. Este planteamiento puede ser válido en ciertos países sudamericanos que no han pasado por una revolución social como la mexicana y en los que se ha iniciado sin embargo un cierto proceso de industrialización con el consiguiente efecto de la concentración urbana y el crecimiento de las clases medias. Cabe entonces la interrogante acerca del papel de estas clases como factor potencial de “cambio”, según lo advertimos en los modelos funcionalistas que hemos expuesto.

Pero en México no podríamos desligar el desarrollo de las capas medias de la dinámica general del país promovida por la Revolución y del hecho decisivo de que su aparición ocurre precisamente como consecuencia de una transformación global de las estructuras tradicionales. Dentro de esa dinámica, los sectores medios *concurrer*, junto con otros muchos elementos sociales y estructurales, a la modificación general del país. Su presencia no se opone, sino se conjuga con la capacidad de transformación intrínseca de otras fuerzas sociales de mayor magnitud y significación.

Esta circunstancia, paradójicamente, lejos de disminuir el papel de las clases medias tiende a acentuarlo, pues su fuerza ideológica, en el caso de poder operar, no quedaría circunscrita a su propia esfera social, sino abarcaría eventualmente a sectores más amplios de la población con los cuales coinciden en ciertas necesidades y demandas. La mayor movilidad social que alimenta continuamente el surgimiento de las clases medias y las fronteras borrosas y extensas que comparten en considerable medida con las clases populares favorecen esas afinidades ideológicas.

Los centros urbanos, muchos de ellos difíciles de distinguir aún de establecimientos agrícolas, son campos propicios para un reclutamiento de clase media, amorfo en su estructura y disímulo por su origen, en el que no operan muchas veces los mecanismos clásicos de la integración social. Ni la ocupación, ni el ingreso, ni la participación en el proceso de la producción podrían explicar las razones para incluir o excluir de los sectores medios a fuertes núcleos de pobla-

⁶ Véase a este respecto los trabajos de Nathan L. Whetten, “El surgimiento de una clase media en México”, y Pablo González Casanova, “Enajenación y conciencia de clases en México”, en *Ensayos sobre las clases sociales en México*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1968.

ción, que sin embargo, vistos desde otra perspectiva —educación, vestido, hábitos, aspiraciones—, se manifiestan vinculados a las expresiones externas de la clase media.

El carácter fluctuante de estos sectores —cuya presencia en los centros urbanos obedece primordialmente al volumen de la emigración interna del país— ha introducido, sobre todo en las últimas dos décadas, un elemento imponderable dentro de la articulación interna de las capas medias. La expansión de los servicios educacionales, la multiplicación de los medios modernos de comunicación de masas, el “contagio” colectivo de costumbres, intereses y formas de vida, y la derrama natural de otros elementos características de la vida urbana, son factores que coadyuvan al reclutamiento “desde abajo” de las nuevas capas intermedias de la población, aun si con criterios más rigurosos de clasificación rehusáramos aceptar que corresponden propiamente a clases medias específicas.

En todo caso, la verdad es que el espectro social de las clases medias se ha extendido espectacularmente en las últimas dos décadas, creando una amplia gama de problemas nuevos para los cuales no se ha diseñado aún la política adecuada, ni creo, por otra parte, que había condiciones para ello. Como sugería al principio, tanto el programa original de la Revolución como los subsiguientes planteamientos que se han hecho dentro de él soslayaron indefectiblemente la necesidad de formular una política adaptada a las necesidades y demandas de las clases medias.

Ello respondía por supuesto al hecho real y urgente de resolver problemas sociales más imperiosos, de acuerdo con la doble política exigida por el programa revolucionario: promover, por una parte, el desarrollo económico del país, sobre bases consistentes y eficaces, y atender por otro lado las demandas sociales de las grandes mayorías de la población, particularmente las reclamadas por las masas campesinas y obreras. Las clases medias eran entonces reducidas y sus iniciales exigencias encontraban fácil atención y aún tratamiento privilegiado dentro de la tarea general de desarrollo económico y beneficio social. No sólo fueron los primeros sectores en aprovechar las transformaciones ocurridas en la esfera económica y en la extensión de los servicios públicos, sino recibieron desde el principio la oportunidad de incorporarse activamente a la vida política del país, a las funciones del nuevo aparato estatal y a la dirección misma de los negocios públicos.

La clase media resultó favorecida en todos sentidos: hacia arriba, escaló rápidamente los peldaños que conducían a la integración de una nueva y sonriente burguesía mexicana; hacia abajo, recibió desde luego el apoyo decidido de las clases populares para conducir sus demandas y de ese modo extender y consolidar su situación de sector privilegiado. La política de desarrollo económico, fundada en la industrialización, las obras de infraestructura y la ampliación de los servicios públicos, estimuló desde luego la formación de una burguesía nacional incipiente, pero también trajo consigo el crecimiento automático de las clases medias. La política de beneficio social, si ciertamente favoreció a sectores importantes de las clases populares, fue mucho más generosa con los grupos medios de la población, a los cuales dotó de mejores instrumentos para su absorción ocupacional (educación superior, cultura, alojamiento urbano, distracciones).

Estos fenómenos eran inevitables y correspondían puntualmente a las consecuencias sociales de una amplia tarea de desarrollo. Sin embargo, la capacidad del país para implementar al mismo tiempo la política de desarrollo y la de beneficio social era limitada, lo que exigió a la postre una grave elección ante dos alternativas antagónicas: o bien disminuir la inversión en materia de bienestar social para poder incrementar la tasa de desarrollo económico, o bien seguir la política

contraria, lo que implicaba distraer en obras de beneficio colectivo sumas de capitales que podían ser más productivas en la industria y las obras de infraestructura.

Se eligió el primer camino, sobre todo después de 1946, cuando la terminación de la Segunda Guerra Mundial permitió canalizar hacia la inversión económica fuertes erogaciones estatales en coordinación con el sector privado y como estímulo al mismo. Algunos indicadores son reveladores de esta política. Hasta 1949, las inversiones del Estado en el capítulo de la promoción económica no habían representado más del 12 por ciento de los presupuestos oficiales (del 1.5 % en 1938 se había pasado, a lo sumo, al 5.6 % en 1946, con índices menores en los años intermedios). De 1949 a 1960, los porcentajes oscilan entre el 24.1 % y el 20.1 %, con ligeras variaciones en los años intermedios.⁷

Mientras que durante los regímenes de los generales Cárdenas y Ávila Camacho (1935-1946) el gasto en actividades económicas no subió nunca a más de 44.9 pesos *per capita* (35.6 en 1936), a partir de 1947 la suma asciende a 52.3, crece aún a 94.9 en 1949, y llega incluso a 104.1 en 1958 y a 114.4 en 1960, fecha en que vuelve a descender, en búsqueda de un mejor equilibrio con la inversión en materia social.⁸

Una tendencia inversa advertimos en la inversión destinada al bienestar social. En tanto que durante el gobierno del general Cárdenas este gasto alcanzó su máximo porcentaje en toda la historia de México (19.9 por ciento del presupuesto en 1938), índice más o menos mantenido a lo largo del régimen del general Ávila Camacho (con un ligero descenso al 15 por ciento en 1943-1944), a partir de 1949 la inversión en materia social baja al 11.9 por ciento en 1949 y desciende aún al 11.2 por ciento en 1952 (los porcentajes más bajos desde 1928), política que se mantiene aproximadamente igual hasta 1961-1962, años en que los índices vuelven a subir al nivel de la época cardenista e incluso alcanza un 22.6 por ciento en 1963.⁹

Con estos simples indicadores es fácil explicarse la razón por la que fue precisamente en esta época (1946-1961, aproximadamente) cuando ocurrieron algunas de las más graves protestas de tipo social, particularmente entre campesinos y obreros: huelgas de trabajadores petroleros, ferrocarrileros, mineros, telefonistas, electricistas, telegrafistas, etc., algunas de ellas reprimidas con especial severidad. El haber elegido una política de promoción industrial y grandes obras de infraestructura en menoscabo evidente de la política de beneficio social, debía tener su traducción inmediata en serios conflictos de orden laboral y en la acusación a los gobiernos que la habían aplicado de abandonar los propósitos sociales de la Revolución Mexicana.

El gobierno del licenciado López Mateos resintió aún, en sus inicios, las consecuencias convulsivas de más de 15 años de semejante política. Podríamos preguntarnos todavía hoy si la elección contraria era factible y conveniente dadas las condiciones en que surgía el país después de la Segunda Guerra Mundial. Un análisis más sereno y en perspectiva quizá nos llevaría a la conclusión de que no había otra alternativa, pues todos los objetivos revolucionarios habrían quedado bloqueados en el caso de tener que paralizar o frenar el desarrollo económico de México, cuyas bases habían sentado justamente los gobiernos anteriores. Pero

⁷ Cf. James W. Wilkie, *The Mexican Revolution: Federal Expenditure and Social Change since 1910*, Berkeley and Los Angeles, University of California Press, 1967, pp. 148-149, Cuadro 6-8.

⁸ *Ibid.*, pp. 128-129, Cuadro 6-I.

⁹ *Ibid.*, pp. 158-159, Cuadro 7-I.

también podríamos preguntarnos si el desequilibrio entre la política de desarrollo económico y la de bienestar social que implicaba aquella elección no hubiera sido menor en el caso de haber refrenado la gran corrupción administrativa que se desató al emprenderse la vasta tarea de promoción económica.

Al comenzar la presente década, como queda dicho, se manifestaban todavía los efectos contradictorios de la decisión tomada 15 años antes. Era claro que había que buscar un mejor equilibrio en la política de inversiones. Ya para 1961, el porcentaje del presupuesto asignado a la inversión económica desciende a un 6.6 por ciento, mientras que el correspondiente a bienestar social sube a un 18.7 por ciento y llega en 1963, como se indicó antes, al 22.6 %. En términos generales, podríamos considerar que esta tendencia se ha mantenido hasta la fecha, reduciendo en los últimos años el intervalo entre los porcentajes correspondientes a la inversión industrial y al bienestar social: en 1968 y 1969, por ejemplo, la inversión industrial representa, respectivamente, un 37.5 % y 40.1 %, en tanto que la de bienestar social registra el 26.6 % y el 24.3 %.¹⁰

El resultado de esta nueva política se advierte desde luego, entre otras cosas, en la disminución de movimientos laborales de protesta y demandas, por lo menos en su proporción relativa a la magnitud de las manifestaciones ocurridas en la década anterior. Surgen, en cambio, protestas sociales de índole más vinculada a las clases medias, que expresan la aparición de nuevos factores de tensión y conflicto. Su campo, como recordé al principio, son ahora las zonas urbanas y las demandas a que dan lugar traducen inquietudes típicas de los sectores medios.

Estos nuevos fenómenos deben observarse con cierto cuidado, pues a pesar de sus apariencias podemos considerarlos como un fruto adicional de la política emprendida después de la Segunda Guerra Mundial. La promoción económica, en el terreno de la industrialización, el comercio, las obras de infraestructura y los servicios correspondientes beneficiaron obviamente a la expansión de las clases medias, que en una etapa inicial aplaudieron el desarrollo del país y coadyuvaron a él con crecientes núcleos de personal calificado, con una mayor capacidad de ahorro orientado al financiamiento del desarrollo (a pesar de todas sus distorsiones dentro del sistema bancario) y con amplios márgenes de movilidad social que permitan atenuar las contradicciones implícitas en la política seguida.

Sin embargo, la nueva tendencia al equilibrio obligó al Estado a modificar, entre otras cosas, la estructura impositiva imperante hasta entonces, orientando una carga mayor hacia sectores comprendidos dentro de las clases medias, especialmente aquéllos de ingresos regulares, como empleados, profesores y profesionales asalariados. La reformulación de los impuestos federales al ingreso, introducida en 1963, explican en importante medida el aumento del presupuesto estatal entre 1960 y 1964. Pero los efectos sociales de esta medida habrían de manifestarse casi inmediatamente en la exigencia de mayores salarios por parte de ciertos sectores medios importantes: profesores, empleados, médicos.

La propia concentración urbana, consecuencia directa del desarrollo y de los desequilibrios estructurales entre la ciudad y el campo, generó igualmente graves problemas sociales no previstos hasta entonces. La competencia y las contradicciones dentro de las capas medias urbanas empezaron a aflorar, pues a las aspiraciones naturales de estos nuevos sectores no correspondía ya la estructura de la ocupación y del ingreso. El mercado de trabajo calificado y semicalificado fue incapaz de absorber las crecientes ofertas de las clases medias; el pequeño

¹⁰ Anexos al Quinto Informe de Gobierno del Presidente Gustavo Díaz Ordaz, 1º de Septiembre de 1969 (I. Inversión Pública Federal por Objeto del Gasto en 1968 y 1969). Las cifras de 1969 son las programadas.

comercio se volvió inseguro frente al despliegue también repentino de las grandes empresas y los novedosos sistemas de la venta a crédito; la banca se volvió feroz con sus deudores y mezquina con sus depositarios; la pequeña industria tuvo que enfrentarse a la competencia del exterior y al peso voluminoso de la producción monopólica.

Pero hubo, además, dos factores fundamentales que habrían de acentuar muy pronto el creciente malestar entre las clases medias: el sistema educacional, por un lado, y los métodos ya obsoletos de la ocupación de personal a base del "padrinazgo" político. No voy a repetir aquí lo que ya he expuesto en otras ocasiones acerca de las relaciones anárquicas que se han manifestado entre las tendencias de las clases medias y la situación de la enseñanza superior en México.¹¹ Pero sí cabría insistir en la importancia que ha tenido la calificación profesional y técnica tanto para el propio desarrollo del país como en la propulsión ascendente de los sectores medios.

Hasta fines de la década anterior podía considerarse a la formación profesional como una buena garantía de acomodo ocupacional y de ascenso social. Las puertas relativamente abiertas de la industria naciente, el comercio, los servicios y la administración pública no sólo aceptaban, sino incluso reclamaban cuadros técnicos y profesionales egresados de las instituciones de educación superior. La competencia era infinitamente menor de lo que sería una década después, con la excepción de ciertas carreras sobrepobladas desde muchos años antes. Los jóvenes de las clases medias acudían confiados a los planteles, sin grandes inquietudes por su futuro.

Pero la "explosión demográfica" en el seno de la educación superior, que comenzó a alarmar a las autoridades a fines de los años 50 y que era de esperar dado el notable crecimiento de las clases medias, cambió radicalmente el panorama anterior. Más que el problema del cupo en las aulas, la cuestión inquietante era en el fondo la capacidad del sistema para absorber a los miles de egresados que salieran de esas aulas, sobre todo porque las nuevas demandas en materia de calificación profesional o científica no correspondían ya a las viejas estructuras de la educación superior. Si en un principio el planteamiento se reducía a buscar las formas de ensanchar la capacidad de admisión de las instituciones educativas, pronto hubo necesidad de percatarse de las implicaciones sociales que tendría la disminución de oportunidades para los profesionales surgidos de esas instituciones. Hacia 1965 podía percibirse ya, entre muchos jóvenes y sus familias de clase media, una cierta propensión a la protesta y la crítica del orden establecido: "Si el sistema es incapaz de acoger a los profesionistas que produce, entonces hay que reformar el sistema." Bajo diversas formas de conducta y expresión, la radicalización era inminente, como habría de comprobarse en los años subsiguientes.

La otra vía de ascenso para las clases medias era la política, en sus múltiples formas de estímulo promocional: el rápido escalamiento a cargos bien remunerados, el patrocinio de grupo, el "compadrazgo", el nepotismo, la presión, el compromiso, etc. Aquí también, la excesiva demanda abarrotó las puertas de acceso e hizo cada vez más difícil la circulación ascendente. Pero además, la persistencia de los antiguos sistemas del "ascenso político" o la colocación por "padrinazgo", en vez de la calificación estrictamente personal, obró como un factor más en contra del mercado de trabajo profesional y técnico. No olvidemos que, a diferencia de los demás países del continente (con excepción de Cuba), el Estado mexicano, por sus funciones específicas y su vasto radio de acción, es un aparato formidable.

¹¹ F. López Cámara, "La educación superior en México: ¿Un desafío a la imaginación política?", en *Espejo*, N° 1, Primer trimestre de 1967.

administrativo y empresarial, para el reclutamiento masivo de clases medias en todos sus estratos. Si la empresa privada podía crecer con cierta inmunidad frente a los métodos del padrino político, los organismos y empresas estatales seguían siendo campo muy receptivo para ese tipo de promoción.

Al restringirse también este mecanismo de colocación y ascenso de las clases medias, coincidiendo con la situación bloqueada y convulsiva de la educación superior, muchos miembros de dichas clases han llegado a considerarse segregados del sistema o por lo menos frenados en sus aspiraciones por obstáculos sociales que no alcanzan a comprender en su verdadera magnitud. Su protesta ante esta situación que juzgan "injusta", unida a otros factores de malestar y descontento que son intrínsecos a la peculiar composición heterogénea de las clases medias, ha sido un producto inevitable del desarrollo del país. Y en gran medida, los conflictos de carácter urbano que hemos visto aflorar en los últimos años no son sino expresiones recientes de un complejo nudo de contradicciones que tiene su origen en la propia obra promovida por la Revolución Mexicana.

Por paradójico que pudiera parecer, el desarrollo de las clases medias ha sido al mismo tiempo causa y efecto de la estabilidad política del país, motor y resultado de muchos avances logrados en el desarrollo económico y social, y, en fin, símbolo y amenaza de las alternativas futuras que se ofrecen al país.

Las reservas de Joselitz acerca del papel "positivo" de las clases medias en el proceso de desarrollo no deben desdeñarse, por más que sus motivos de duda deriven del análisis de la situación en países donde amplias clases medias no son el producto ni tienen el trasfondo histórico de una profunda revolución social como la mexicana. De un modo más bien simplista podríamos creer que el caso de México sugiere la imagen de una clase media impulsora del desarrollo e impregnada de espíritu revolucionario, a diferencia de otros ejemplos, como el de Argentina o Uruguay, cuyos sectores medios, carentes de tradición histórica, tienden a frenar los resortes del progreso y contienen en el fondo una decidida vocación conservadora.

El carácter de las clases medias, sin embargo, no depende sólo de su origen y su experiencia histórica, sino se determina también en función del sistema social en que actúan y de su composición interna, como apunta Joselitz. En la medida en que nuestros sectores medios contengan elementos cada vez más heterogéneos —por razón de la elevada movilidad social que aún genera el país—, tenderán a manifestar tendencias muy contradictorias, tanto dentro de ellas mismas como hacia las esferas externas de la sociedad en que se mueven. Y en la medida en que el sistema contenga suficiente elasticidad y "apertura" para acoger su expansión, o exhiba síntomas de rigidez y de bloqueo ante las aspiraciones inmanentes de las clases medias, éstas pueden encarnar fuerzas de estímulo al desarrollo o de oposición y hasta de conflicto con el sistema imperante.

Si algunos de los moldes "teóricos" que hemos recordado son inoperantes en el caso de México, por lo menos en sus premisas y proyecciones lógicas, hay fundadas razones para aceptar en cambio ciertos "registros" permanentes y al parecer universales en el ritmo de crecimiento de las clases medias. Como subraya la teoría "hipotética" de Ratinoff, las dos fases en el ascenso de las clases medias, con las variantes ideológicas exhibidas en cada una de ellas, pueden ser ajustadas a la situación de México, con una importante salvedad: si el sistema se vuelve cerrado al acceder a sus esferas de privilegio las primeras promociones de clase media, las que vienen detrás pueden volcarse en movimientos de oposición para "abrirlo" otra vez, en una u otra forma.

Si esta oposición se conjuga con la fuerza —ella sí auténticamente revolucio-

naria— de amplios sectores populares que reclamen derechos no atendidos, la convergencia puede ser amenazadora y, en el caso de México, altamente explosiva. Esta variante a la hipótesis funcionalista del cambio resultaría precisamente de la “experiencia” histórica de México, que no han conocido las naciones tomadas como modelos para el análisis.

Me inquieta un poco la tendencia de ciertos sectores medios en los últimos años; me preocupa que sus protestas y manifestaciones conflictivas ocurran en el vértice de una etapa de nuestro desarrollo en la que será necesario elegir, una vez más, la política adecuada para superar los peligros de un estancamiento que sólo ofrecería dos salidas: la transformación del sistema o una forma autoritaria que lo proteja hasta sus últimas consecuencias. En ambos casos, el papel de las clases medias puede ser altamente decisivo, pues si hay motivos para creer que grandes sectores se orientarían a la reforma, también los hay para pensar que otros respaldarían una solución de corte fascista.

Conjurar estos peligros supone un solo hilo de continuidad: acelerar el desarrollo de México sobre bases de un equilibrio mayor entre la política de promoción económica y la de bienestar social, agregando ahora, entre otras cosas, el diseño inteligente de una política para la clase media en la que se canalicen racionalmente algunas de sus principales demandas y su nueva capacidad potencial como factor de desarrollo. Si hoy nos hemos acercado ya al convencimiento de que el adelanto social es elemento recurrente del crecimiento económico y que la elevación de los niveles de vida de obreros y campesinos no puede esperar la realización de una vasta estructura industrial, será conveniente empezar a pensar en las necesidades más variadas —pues no se agotan en el mero mejoramiento material— de una población media que se acerca velozmente a los diez millones de personas y amenaza convertirse en la gran incógnita de la próxima década.